

LA CUESTION DEL SARRE, PROBLEMA INTERNACIONAL

La idea de la creación de un Ejército europeo, tan popular en ciertos momentos entre los medios gubernamentales franceses y que encontró su máximo defensor en la persona del general Eisenhower, así como —en forma algo más atenuada— en la Secretaría de Estado de Washington, parece que, desde que fué lanzada por primera vez, está encontrando grandes dificultades técnicas que vencer y enormes resistencias políticas que no puede preverse cómo podrán lograr ser resueltas.

Es curioso recordar ahora que, en el mes de agosto de 1950, Churchill presentó en la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa de Estrasburgo una proposición a este respecto, redactada en los siguientes términos: «La Asamblea, deseosa de manifestar su apoyo al mantenimiento de la paz, y resuelta a sostener la acción emprendida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para defender los pueblos pacíficos contra la agresión, pide la creación inmediata de un Ejército europeo, bajo la autoridad de un ministro europeo de la Defensa, sometido a un control democrático y obrando en cooperación con los Estados Unidos y el Canadá.»

Y digo que es curioso, porque si en aquellos momentos el partido en el Poder en Inglaterra (los laboristas) era opuesto a la creación de un Ejército europeo en el que entrase Inglaterra, los conservadores, que entonces manifestaban por boca de Churchill su deseo de crear ese organismo militar de Europa (incluyendo Inglaterra), en cuanto han llegado al Poder han seguido la misma política laborista, y son ahora enemigos de la participación de la Gran Bretaña en ese Ejército europeo sugerido por ellos mismos, y que ha recibido un estatuto oficial al ser patrocinado por Francia en el Plan Pleven.

Con Inglaterra al margen del proyecto, éste pierde su principal utilidad: el poder integrar a Alemania en un organismo militar compuesto de un número suficientemente grande de países y de unidades militares que no diese a los germanos un puesto preponderante, ni fuera preludio de un renacimiento alemán, justamente temido por los franceses.

Pero esa ausencia de Inglaterra, que socava los cimientos mismos del

proyecto, representa todavía algo más en sus consecuencias prácticas inmediatas: todos los países escandinavos han seguido la postura inglesa, y con ello el plan de Ejército europeo queda reducido a un proyecto unificado de Francia, Italia, Alemania y los países del Benelux (estos últimos, muy influidos por la posición de Inglaterra y no del todo decididos a correr la aventura).

En este teórico grupo de seis países, el papel de Alemania tenía que ser completamente distinto al que quería atribuírsele en el Plan Plevén. Alemania se convertía, gracias a las circunstancias, en un elemento básico, si no en el principal, de la organización preconizada, y Francia no podía encontrar en esta nueva fórmula las garantías que deseaba contra el renacimiento de la potencia militar alemana.

En estas difíciles circunstancias, ante una Alemania consciente de la nueva importancia que la situación internacional le atribuía, y una Francia temerosa de ese nuevo papel y va no enteramente decidida a apoyar un plan en el que la ausencia de Inglaterra le privaba de su mayor aliciente, el planteamiento de la cuestión del Sarre, que pone frente a frente a los principales participantes del Ejército europeo —Francia y Alemania—, reduce en forma muy considerable las posibilidades de que este proyecto, tan apreciado por los norteamericanos y considerado por ellos como una de las bases de su política en Europa, pueda alguna vez llegar a buen puerto.

* * *

He empezado este artículo sobre la «Cuestión del Sarre» refiriéndome a las dificultades que encuentra la creación de un Ejército europeo. Lo hago así, bien a conciencia de que existe un «problema del Sarre» muy anterior a ese plan militar: desde el instante en que Francia creó unilateralmente ese pequeño Estado semi-autónomo, separándolo políticamente de Alemania y uniéndolo económicamente a Francia. No obstante, esta cuestión del Sarre, que de pronto ha sido desenterrada del olvido en que se encontraba —por el nombramiento por Francia de un Embajador en el Sarre que viene a sustituir al Alto Comisario—, y que no sólo ha despertado el interés de las Agencias de Prensa, sino que ha puesto en movimiento a las Cancillerías occidentales, ha surgido a la luz del día en circunstancias íntimamente ligadas a la creación del Ejército europeo. En efecto, el Canciller Adenauer ha planteado esta cuestión por medio del profesor Hallstein, su delegado en la Conferencia del Ejército europeo de París, quien ha pedido aclaraciones sobre el significado político del nombramiento de un embajador en el Sarre, y ha indicado que este hecho podría tener repercusiones sobre la futura participación de Alemania en la organización militar.

Ante estos hechos, puede afirmarse que si bien existe de por sí un «problema del Sarre», desde el momento de la creación del Estado semi-autónomo, el planteamiento de la cuestión en conexión con una materia de interés militar indica bien claramente que la actitud alemana de hoy está respaldada por la conciencia de la nueva importancia que las necesidades de índole defensiva confieren al pueblo alemán, y que esa nueva actitud, ante el «hecho» del Sarre, sólo ha sido posible gracias a la certeza de «ser necesarios al Occidente», que da a los alemanes la actual situación internacional.

El problema sarrés ha entrado, pues, de lleno en el campo de la política europea e internacional. Es, por consiguiente, interesante exponer su actual planteamiento y las reacciones que suscita en los medios internacionales. Pero antes de entrar en esta materia de actualidad, es preciso hacer un breve resumen de la forma en que ha sido llevada a cabo la creación de ese extraño semi-Estado, medio independiente y medio vasallo, causa actual de fricción entre Francia y Alemania y preocupación de los dirigentes de la política occidental, para así tener una mejor comprensión de los difíciles problemas que hoy origina.

* * *

El Sarre es un diminuto territorio de unos 2.000 Km.², poblado por algo menos de un millón de habitantes, lo que le da una población relativa de unos 400 por Km.², una de las mayores de Europa. Sus habitantes son de raza germánica, de lengua alemana y de religión católica en sus dos terceras partes y protestante en una tercera parte.

Aunque de extensión muy reducida y de población no muy considerable—pero muy grande en relación con su extensión—, la enorme importancia del territorio reside en su producción carbonífera, de 15.000.000 de toneladas anuales (mayor que la de toda España), así como su producción de acero, 2.000.000 de toneladas anuales (doble de la producción de nuestro país). Este es el interés esencial que la región representa para Francia.

El territorio ha formado siempre parte de Alemania hasta el Tratado de Versalles, en que fué separado del Reich y confiado en tutela a la Sociedad de Naciones por un período de quince años. En 1935, un plebiscito organizado con entera libertad dió una aplastante mayoría (90 por 100) en favor a la vuelta al seno de la familia alemana.

Al finalizar la última guerra, el Sarre siguió en un principio la misma suerte que el resto de Alemania. Una vez retiradas las tropas americanas que habían ocupado la región, y sustituidas por tropas francesas, por formar parte el Sarre de la zona de ocupación cedida a Francia, el territorio pasó a depender de la autoridad militar instalada en Baden-

Baden, quien a su vez dependía de la autoridad cuatripartita de Berlín.

Sin embargo, pronto se vió claramente que Francia había trazado su política respecto al Sarre y que tenía sus miradas puestas en el territorio. «Desde 1945, con los primeros americanos, llegaron igualmente los primeros oficiales de administración franceses a título de observadores. Ninguno de ellos dejó subsistir la menor duda sobre el hecho de que el antiguo territorio del Sarre iría a parar a Francia bajo una forma u otra.

»Poco tiempo después, un régimen particular y bien significativo fué adoptado para la administración regional del Sarre. El territorio fué separado de la Comunidad Regional Renano-Palatina, del que formaba parte, y erigido en territorio autónomo con una administración gubernamental propia. Fué el primer reglamento oficial particular al Sarre: incluía la perspectiva de separar a éste de la economía alemana y de integrarlo en la economía francesa.

»Algún tiempo después, la evolución en esta dirección se hizo más patente. El Sarre fué sustraído a la administración central de las Potencias de ocupación, es decir, a la competencia del Consejo de Control Aliado, y colocado bajo la autoridad directa del Jefe de la Zona de Ocupación Francesa, el general Koenig» (1).

En diciembre de 1946, el Gobierno francés decidió establecer entre el Sarre y Alemania una barrera aduanera, que si todavía no tenía más que un carácter simbólico, no dejaba dudas sobre la dirección bien clara que adoptaba la política francesa. Algunos días más tarde se creaba en el Ministerio de Negocios Extranjeros francés una Comisión encargada de preparar la unión económica del Sarre y su futuro Estatuto.

En el año 1947, la Comisión desarrolló una importante labor preparando el Estatuto y poniéndose en contacto con los futuros dirigentes sarreses. Fruto de estos trabajos fué un proyecto de Constitución, publicado el 25 de septiembre de 1947, según la cual el Sarre formaría un Estado autónomo, separado políticamente de Alemania y unido económicamente a Francia.

El 5 de octubre del mismo año se celebraron en el territorio elecciones para una Asamblea Constituyente que debería votar sobre el Proyecto de Constitución. El resultado de las elecciones dió al Partido Cristiano-Popular 28 diputados; al Social-demócrata, 17; al Demócrata, 3, y al Comunista, 2. Convocada la Asamblea Constituyente, ésta aceptó, el 8 de noviembre de 1947, el Proyecto de Constitución, por 48 votos contra dos (comunistas). La Constitución entró en vigor el 17 de diciembre de 1947, después de su publicación en el *Diario Oficial*.

Por esta Constitución, el Estado del Sarre se separa políticamente de Alemania y realiza su unión económica con Francia. Se le incluye en las

(1) Párrafos tomados del texto de un discurso del actual Presidente del Sarre, señor PETER ZIMMER, en la 100.ª sesión del *Landtag*, del Sarre, el 6 de abril de 1951.

fronteras aduaneras francesas, y queda así desarraigado totalmente, política y económicamente, de la familia alemana. El Sarre confía a Francia su representación exterior y la defensa de su territorio. Se crea el cargo de Alto Comisario francés, quien puede dictar decretos-leyes para garantizar la unión económica, así como la observancia del Estatuto.

Por otra parte, Francia controla las minas del Sarre, constituídas en «Regie» bajo dirección francesa, los ferrocarriles del Sarre, así como importantes fábricas de acero, como la de Völklingen, perteneciente a la familia Röchling, embargada por los franceses.

El nuevo Estado ha logrado adquirir una posición exterior semi-oficial, pues ha sido admitido (gracias a la influencia francesa) como miembro del Consejo de Europa. Sin embargo, esto no quiere decir que su Estatuto haya adquirido confirmación internacional: en efecto, únicamente ha sido admitido como miembro asociado. El artículo 3.º del Estatuto del Consejo de Europa dice que todo Estado europeo que reúna las condiciones precisas podrá ser miembro activo del Consejo, mientras que en el artículo 4.º dice que «todo país europeo» en circunstancias particulares podrá ser miembro asociado del referido organismo.

* * *

Hasta aquí he realizado una exposición escueta de los hechos que han conducido a la creación del Estado del Sarre. Ahora vamos a pasar al estudio de los principios políticos, económicos o jurídicos que son el fundamento de esos hechos: a la explicación y justificación del fenómeno del Sarre.

No haré, sin embargo, un juicio crítico personal sobre la cuestión. Siguiendo una regla de objetividad absoluta, me limitaré a exponer el punto de vista de las tres partes interesadas en el asunto, es decir, la posición francesa, la posición alemana y la posición sarresa. De la comparación de estos puntos de vista contradictorios, el lector podrá fácilmente llegar a su propia conclusión.

Posición francesa.

La política francesa respecto al Sarre ha sido de una claridad absoluta. Ha seguido un plan previamente trazado y no ha ocultado sus ambiciones ni sus deseos.

De un documentado artículo del senador francés y antiguo secretario general para los Asuntos Alemanes, señor Michel Debré, publicado en el número 270 (15 de diciembre de 1950) de *France-Illustration*, dedi-

cado enteramente al Sarre, transcribo los siguientes párrafos, que exponen con toda nitidez la posición francesa :

«Tan pronto como tuvo lugar la capitulación alemana, el Gobierno francés, presidido por el general De Gaulle, definió su política respecto al Sarre.

»Esta política era uno de los elementos de un proyecto de conjunto. Es necesario recordar que Francia propugnaba entonces la idea de una Alemania confederada, es decir, de un conjunto de Estados alemanes asociados en un Gobierno central cuya autoridad sería limitada a algunas funciones fundamentales, aunque poco numerosas. Además, nuestro Gobierno pedía un control internacional permanente sobre las minas y sobre las grandes industrias, al objeto de evitar que cualquier poder político alemán pudiera sucumbir a la tentación de emplearlas para nuevos designios de hegemonía o de guerra.

»En el interior de este cuadro general debe inscribirse el porvenir del Sarre. Su riqueza principal, el carbón, debería ponerse a disposición de Francia, la que recibiría, al mismo tiempo que una garantía, un principio de reparaciones. Al objeto de mantener en forma duradera esta situación, debería ser creado un Estado sarrés fuera de la Confederación alemana y unido a Francia por convenciones de Unión Económica.»

Esta idea política francesa hubiera necesitado el asentimiento de las demás Potencias victoriosas y su ratificación por el Tratado de Paz; pero (sigue diciendo el señor Debré) «las discusiones internacionales se prolongaban sin el menor éxito. Ya en esta época se veía que la concepción de una nueva Comunidad alemana de carácter federal no tenía la menor probabilidad de convertirse en una realidad. Hubiera sido necesario un acuerdo duradero y amistoso entre rusos y occidentales, y el estado de las relaciones entre los Gobiernos aliados era tal que un tratado de paz digno de este nombre aparecía como una quimera. En tales condiciones, Francia debía, o bien unir el futuro de su política en el Sarre al del Tratado de Paz y permanecer en lo «provincial» por un tiempo indefinido, o por el contrario, seguir hacia adelante, precisar sin esperar más lo que contábamos obtener en el Sarre, fuera cual fuera la suerte de Alemania. Esta segunda solución fué adoptada. No podía ser de otra manera. Esperar el Tratado de Paz hubiera supuesto retardar peligrosamente la afirmación de la autonomía del Sarre: la reconstrucción del Sarre, en todos los terrenos, hubiera seguido el ritmo de la reconstrucción alemana, y toda hipótesis de régimen especial hubiera quedado rápidamente superada.

»La tesis francesa fué desarrollada con precisión en la Memoria que la delegación francesa sometió a las delegaciones aliadas en la Conferencia de Moscú. Este documento resumía lo que se puede llamar «las

ambiciones políticas de Francia» (2): un Sarre autónomo, es decir, separado de Alemania; un Parlamento y un Gobierno sarreses; la integración del Sarre en el perímetro aduanero francés y la zona del franco; un representante del Gobierno francés para velar por el mantenimiento de las nuevas normas.»

Esta concepción francesa no obtuvo el acuerdo total de los aliados. Rusia opuso su negativa, y los otros participantes, Inglaterra y los Estados Unidos, aunque no se opusieron a la tesis francesa, no podían darle más que una aquiescencia «provisional» hasta que se estatuyera en forma definitiva en el Tratado de Paz.

Francia, sin haber logrado obtener un acuerdo internacional sobre el Sarre, siguió la política que se había trazado y consiguió, en la forma que ya hemos expuesto, la creación de un Estado sarres autónomo, separado de Alemania y unido a Francia económica y aun políticamente, ya que el nuevo Estado le cedía la representación exterior y la defensa de su territorio, por no hablar de la existencia de un Alto Comisario francés que tenía funciones políticas.

Los medios de que se sirvió Francia para lograr la aquiescencia sarresa a sus planes han sido los mismos que cualquier país vencedor puede emplear para hacer triunfar sus designios sobre un país vencido. El Sarre era una parte de un país derrotado: Alemania. Como tal, estaba sometido a la ley del vencedor. Su situación, como la del resto de Alemania, era angustiosa; su economía, destruída y desorganizada, no funcionaba, y su población malvivía con un suministro alimenticio de 1.500 calorías diarias. Es más: veía la perspectiva de que sus fábricas, que representaban el pan de hoy y el de mañana, iban a ser desmanteladas, privando así al territorio superpoblado de su principal riqueza. Cuando Francia les ofreció la salvación de la ruina inmediata y futura, el respeto de sus industrias y una mejor situación alimenticia, los sarreses no podían hacer otra cosa sino aceptar, pues además sabían perfectamente que una negativa por su parte no hubiera servido para nada y que la anexión económica a Francia y la separación política de Alemania se hubieran llevado igualmente a cabo en peores condiciones para ellos.

La justificación de la política francesa es bien clara. Francia ha sido invadida tres veces por Alemania. No desea que esto vuelva a ocurrir una cuarta vez. Teme la potencia germana y quiere por todos medios destruir esa potencia como una garantía para su futuro. No olvida ni 1870, ni 1914, ni la última guerra. Por eso lo que busca en el Sarre no es una anexión política (que estima, al menos por ahora, imposible), sino que se contenta con una separación política del Sarre de Alemania, una unión económica con Francia y una sumisión política. Son los 15.000.000 de toneladas de carbón y los 2.000.000 de toneladas de

(2) Entrecorrido en el original.

acero las que cuentan. Arrebatadas al potencial alemán y sumadas al francés, sitúan a este país en una situación infinitamente mejor. Este es el nudo del problema y la garantía que Francia desea encontrar en el Sarre frente a una Alemania que, aunque vencida (precisamente porque no ha sido vencida por ella), siempre teme.

Eso lo reconocen con toda franqueza los franceses. En un número especial del mes de noviembre de 1951 de la edición continental del *Daily Mail*, el Alto Comisario de Francia en el Sarre, señor Grandval, publica un artículo en el que, después de afirmar la decisión francesa de perpetuar su dominio en el Sarre, justifica esta decisión por la necesidad de arrebatarse a Alemania ese potencial industrial, al objeto de aumentar el potencial industrial francés. Del referido artículo transcribo textualmente los siguientes párrafos:

«Francia no puede en ningún caso ceder los beneficios de su unión con el Sarre. No puede considerar tal posibilidad por razones de su comercio exterior y porque esta unión equilibra las fuerzas de la producción europea. La aplicación del Plan Schuman, lejos de alterar los elementos del programa, pone aún más claramente en evidencia la necesidad lógica de esta unión económica.

»Dentro del «pool» del carbón y del acero (Plan Schuman), la contribución económica combinada de Francia y el Sarre representa un 34 por 100 del total de los seis países interesados. Alemania tiene un 35 por 100, mientras que Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo aportan el 31 por 100 restante.

»Si la producción de carbón y acero del Sarre fuera transferida a la República Federal Alemana, la participación de esta última ascendería a un 42 por 100 y la de Francia descendería a un 27 por 100. Posiblemente los técnicos del «Pool europeo» pueden argüir que esta concepción de equilibrio entre los países participantes resulta hoy anticuada; pero por mi parte creo, al contrario, que representa un factor importante y que sería muy difícil para Francia, si representara solamente un 27 por 100 de la contribución del *pool*, mantener su situación en condiciones aceptables ante una Alemania que representaría el 42 por 100.»

Esta es la posición francesa, bien clara y lógica (desde su punto de vista). Lógica, por lo menos, mientras siga considerando a Alemania como país vencido que tiene que expiar sus culpas y no piense, ni por un momento, que su colaboración pueda llegar a ser necesaria.

La posición del Sarre.

Cuando hablamos de la posición sarresa hay que especificar, en primer lugar, y con toda claridad, que la posición en general de los habi-

tantes del Sarre no puede ser conocida, pues no han tenido hasta ahora ocasión de manifestarla. Es decir, han elegido unos diputados, quienes, a su vez, han votado el Estatuto; pero ni a los electores ni a los elegidos se les ha ofrecido la opción entre Francia y Alemania; lo único que se les ofrecía era Francia y mejoras económicas, o continuación del régimen de ocupación, con todos los inconvenientes.

Los sarreses, para ser sinceros, no han tenido ni voz ni voto en el Estatuto del Sarre. Yo deseo ser totalmente objetivo, y por eso quiero reflejar la verdadera posición de cada parte interesada, citando al apoyo en cada caso textos de esas mismas partes. Si lo que digo no place totalmente a ninguna de ellas, ésa será seguramente la mejor prueba de la objetividad de mis comentarios. Exponiendo ahora la posición sarresa, me referiré a un discurso del Presidente del Estado sarrés unido económicamente a Francia; en él se dice lo siguiente (3): «En todas las zonas de ocupación, sin excepción, todas las administraciones y todos los expertos en materia administrativa han reconocido el poder administrativo total del ocupante, y en el caso de la política de ocupación han aceptado sin protestar los puestos que les eran confiados o atribuidos; y, vistas las circunstancias, no podía ser de otra manera.

»Los sarreses no han hecho más que eso. En todo el territorio del Reich, todas las administraciones y todos los expertos en materia administrativa han aceptado, sin excepción, el reparto del territorio del Reich en una serie de Gobiernos y de Estados regionales autónomos, exactamente como en el Sarre (4). Ahora bien: no hay con seguridad ningún dirigente político en la República Federal que se atreva a pretender que este reparto corresponde a sus propias convicciones políticas. Debieron también ellos plegarse ante las leyes de la guerra y de la victoria.»

Esta auto-defensa ante la entonces muda crítica germana explica mucho más que cualquier larga exposición.

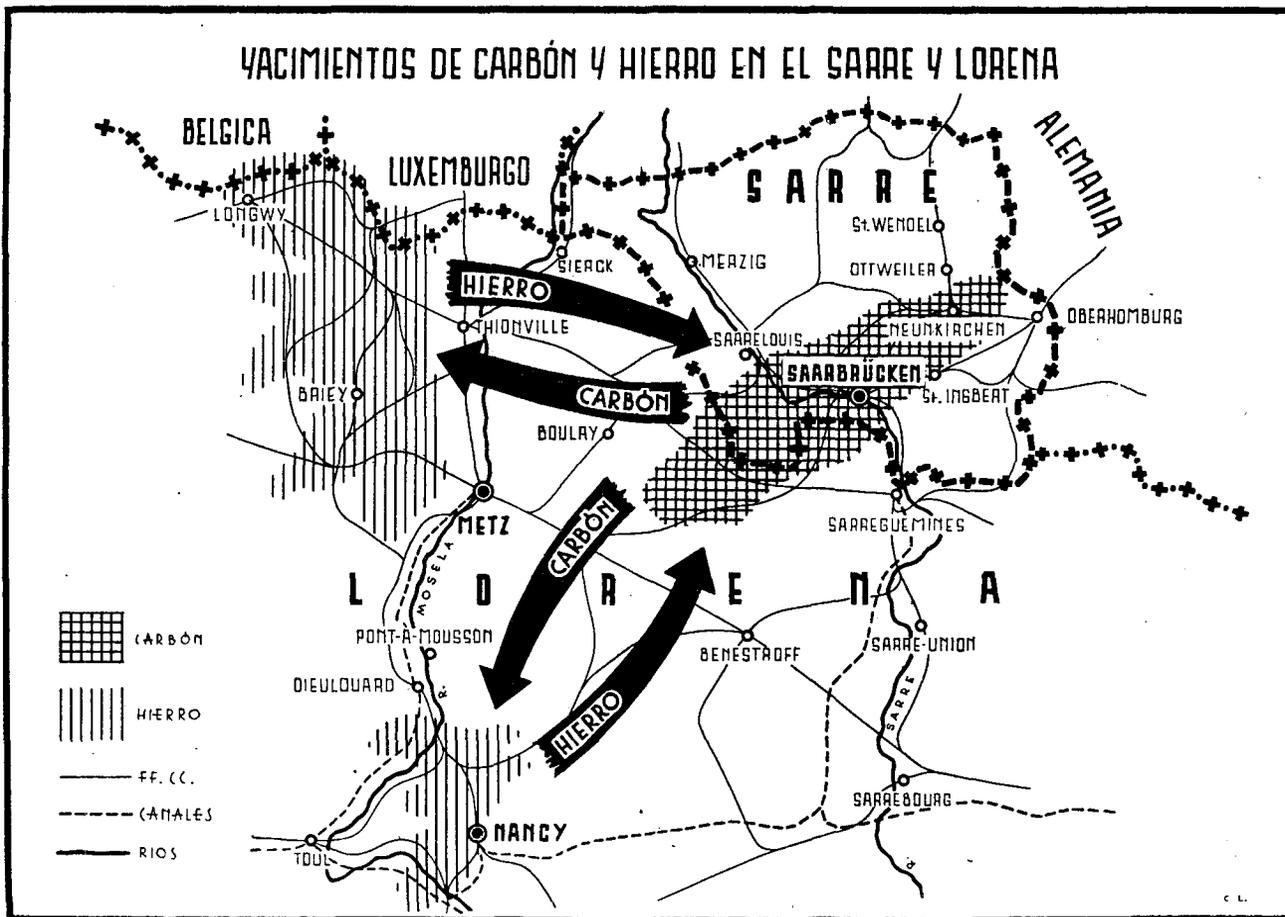
Los elementos oficiales sarreses hacen hincapié en las ventajas económicas que el actual Estatuto les confiere. Señalan que desde 1870, fecha de la anexión por Alemania de Alsacia-Lorena, el Sarre ha formado una unidad industrial con la región lorenesa, mediante la combinación del carbón del Sarre y el mineral de hierro lorenés.

Tanto en el tiempo alemán 1870-1918, como desde esta fecha hasta el plebiscito de 1935, las regiones del Sarre y de Lorena han estado económicamente unidas. Esta argumentación, si bien es exacta, puede resultar una peligrosa arma de dos filos, capaz de ser esgrimida en for-

(3) Discurso del Presidente del Sarre, Sr. PETER ZIMMER, en el *Landtag* el 6 de abril de 1951.

(4) El subrayado se encuentra en el texto francés del discurso publicado en un folleto, *Volonté et voie de la Sarre*, editado por el «Service d'Information du Gouvernement de la Sarre».

YACIMIENTOS DE CARBÓN Y HIERRO EN EL SAARRE Y LORENA



ma totalmente opuesta a la deseada. No es descabellado pensar que puede llegar un día en el que Rusia ofrezca a una Alemania unificada, como compensación a los territorios que le ha arrebatado en el Este, la anejió de esa unidad económica franco-sarresa en el Oeste. No hay más que recordar la actitud rusa frente a la cuestión y la posición de los comunistas sarreses, para pensar que ésa es una posibilidad que no hay que descartar.

Como solución final, los elementos gubernativos sarreses ponen toda su esperanza en el logro de una verdadera «Unión Europea», de una colaboración franco-alemana en el seno de esa Unión. Situado así el Sarre dentro de la «Europa Unida», no se sentiría ni alemán ni francés; únicamente «europeo», y de esta forma su conciencia germana, que no puede por menos de reprocharse su situación actual, quedaría tranquilizada y libre de escrúpulos.

La posición alemana.

Alemania ha pagado muy cara su locura, la locura de seguir las doctrinas nacionalsocialistas, de asistir pasivamente a los crímenes cometidos por los servidores del nazismo, de creer en las ideas de supremacía mundial de la raza germana expuestas por Hitler, de haber hecho traición al Occidente, presentándose como su defensora frente al comunismo para luego aplastar a ésas naciones europeas representantes de la civilización occidental, cuyo campeón pretendía ser.

Ha pagado tan cara su locura, que al finalizar la guerra su territorio, espantosamente devastado por los bombardeos, ha sido desmembrado por las Potencias victoriosas, tanto orientales como occidentales. Prusia oriental, Silesia, el Sarre... y aun el resto de Alemania se encuentra dividido en dos distintos Estados: el oriental, comunista, y el occidental, demócrata.

¿Cuál puede ser la actitud germana ante estas mutilaciones en general y respecto al caso del Sarre en particular?

La actitud general de *todo alemán*, sea cual sea su opinión política, tendrá que ser lógicamente la de rebelarse contra este reparto del territorio germano. A pesar de que reconozca la realidad de los crímenes cometidos. Tiene la tendencia de considerar lo ocurrido como algo producido exclusivamente por el nazismo y de lo que los alemanes, como nación, no son responsables. Además ahora tienen, por lo menos los alemanes occidentales, un Gobierno democrático, opuesto totalmente a la vencida ideología. Si siguieran teniendo un Gobierno nazi derrotado, bien está que ese régimen tuviera que pagar las consecuencias de sus actos, pero la nueva Alemania democrática...

La separación del Sarre no la admite ningún alemán; pero la actitud «exterior» que frente al problema del Sarre han adoptado los alemanes ha sido distinta según las circunstancias y según la diferente posición política de los partidos.

En un principio, cuando la derrota era reciente y el ocupante, fresco de victoria, hablaba y mandaba con voz potente, sin preocuparse de los sentimientos alemanes; cuando en la terrible angustia del total anquilamiento el alemán sólo pensaba en el presente y no tenía tiempo para reflexionar en el futuro, los habitantes de Germania ni podían expresar sus opiniones sobre un problema como el del Sarre (que era minúsculo comparado con la inmensidad de la catástrofe), ni siquiera tenían tiempo para ocuparse en resolverlo.

Más tarde, cuando de las ruinas fué brotando un principio de organización; cuando, debido a las rivalidades de la Potencias victoriosas, se crearon una administración y un Gobierno semi-independiente y los alemanes empezaron a ver que su opinión podía ser tomada en consideración y que se buscaba su adhesión por uno y otro de los bandos ideológicos en que se iba dividiendo el mundo, entonces ya tuvieron valor para empezar a hacer conocer sus ideas sobre las desmembraciones territoriales de Alemania en general y sobre el problema del Sarre en particular.

Ahora bien: una vez constituída la República Federal, existen en Alemania dos grandes partidos políticos rivales (aparte de otros más pequeños), el partido cristiano-demócrata, que es el que gobierna, y el partido socialista en la oposición; y aunque en el fondo todos los alemanes tengan los mismos sentimientos ante la cuestión del Sarre, la distinta posición ocupada por socialistas y cristiano-demócratas hace que la forma de reaccionar externamente ante este asunto sea bastante diferente.

Los cristiano-demócratas se encuentran en una postura muy difícil. Son los elementos gubernamentales de Alemania: por la fuerza de las circunstancias, son los «administradores de la derrota», y toda su política tenderá a lograr la aceptación de Alemania como Estado dentro de la comunidad de naciones occidentales, a lograr una igualdad de trato. Para ello el único medio que se le presenta es la idea de la Unión Europea, patrocinada por Francia. Dentro de ese sistema, Alemania podría conseguir que se olvidaran sus pasados errores y lograr una forma nueva de convivencia en Europa basada en el acuerdo franco-alemán. Hacia esta nueva fórmula tenderá la política del canciller Adenauer; por eso apoyará constantemente los planes del combinado carbón-acero, preludeo de una Unión Europea.

Por eso seguirá una política muy prudente respecto al Sarre, procurando no tocar un problema susceptible de reavivar la vieja descon-

fianza. Es muy probable que los cristiano-demócratas hayan creído (y quizás han sido muy ingenuos) que, una vez lograda la Unión Europea y enterrada, por lo tanto, la desconfianza gala, Francia no tendría ningún interés en mantener al Sarre separado políticamente de Alemania, ya que tanto Francia como Alemania o el Sarre formarían todos ellos parte de una entidad superior. Es más: una vez que el Plan Schuman fuera aceptado, no debería haber ninguna razón para que Francia, cuyo único interés, afirma ella, en el Sarre es económico, pusiera inconvenientes a que la población sarresa decidiera ella misma sobre su propio futuro. Esto explica en cierto modo la posición cristiano-demócrata.

El partido socialista, en la oposición, se expresa en forma completamente distinta. Parece como si los socialistas (que siempre han sido internacionalistas) se nos presentaran ahora como los campeones del nacionalismo alemán, mientras que los demócrata-cristianos o conservadores (que siempre han sido nacionalistas) fueran los defensores del internacionalismo, o en este caso, «europeísmo». Estos apoyan el Plan Schuman y esquivan el problema sarrés, mientras aquéllos atacan el *pool* del carbón y del acero y protestan contra la actuación francesa en el Sarre. Es indudable que los socialistas creen que la política francesa respecto al Sarre está definida de antemano y que Francia, con Plan Schuman o sin él, no cederá jamás voluntariamente la posición que ha conseguido obtener (después de las declaraciones ya citadas del señor Grandval parece difícil poder creer otra cosa). Si Francia deseara realmente llegar a una Unión Europea, ¿para qué empieza por realizar una política imperialista de tipo Luis XIV? ¿Por qué, si se va a llegar a un *pool* del carbón y del acero, tiene necesidad de incorporar a su economía parte del carbón y del acero alemanes?

Si de esta crítica de tipo general pasamos a detalles más particulares, los socialistas no dejan de señalar la maniobra empleada por Francia para obtener el triunfo de sus aspiraciones. Critican los medios empleados por Francia, el chantaje que este país ha empleado para obtener la aquiescencia sarresa. Se elevan contra la falta de libertad política en que se encuentra el pueblo sarrés (prohibición de entrada para los periódicos alemanes, artículos de la Constitución que impiden cualquier campaña en pro de la vuelta del país a Alemania, posición preponderante de la política francesa, de la «Sureté», en el Sarre, que controla la vida política, etc.). Se indignan ante la posición que ocupa el Alto Comisario, que es en realidad el jefe del Sarre, y señalan que en el presupuesto del Sarre se adjudica al Alto Comisario una suma de 2.800.000.000 de francos, caso único en la historia de un país que está pagando los gastos de una «Misión diplomática» acreditada.

En el mes de mayo de 1951, en el hemicycle del Consejo de Europa, el delegado socialista alemán señor Nolting protestó contra el Plan Schu-

man, diciendo, entre otras cosas: «Constatamos que la política de los vencedores será incorporada en el Plan Schuman y para cincuenta años», y «este Plan Schuman es un bocado que nos negamos a tragar».

Otro delegado socialista alemán, el señor Roth, protestó vivamente contra la política de anexión disfrazada practicada por Francia en el Sarre. Una nota trágica marcó su apasionada intervención. En medio de su discurso el señor Roth sufrió un repentino ataque cardíaco, teniendo que retirarse de la sala. La sesión fué interrumpida, y poco tiempo después se hacía pública la noticia de su fallecimiento.

Esta actitud socialista estará influida por el hecho de que el partido se encuentra en la oposición y que evidentemente su postura, halagadora para el patriotismo alemán, es mucho más airosa que la de sus contrarios; pero en todo caso esta actitud pone en verdadero aprieto al partido demócrata-cristiano.

Por fin éste, en la forma que se ha indicado al principio del artículo, no ha tenido más remedio que acallar la oposición aceptando su punto de vista. Pero ¿ha sido solamente para acallar la oposición?, o bien, ¿no se habrá convencido de que en sus juicios respecto a las miras francesas sobre el Sarre los socialistas tenían razón? Aunque bien pueda ser, como muchos comentaristas americanos sostienen, que el nombramiento francés de Embajador en el Sarre en un momento sorprendente e intempestivo no haya sido más que una maniobra francesa destinada a torpedear el rearme alemán provocando una reacción nacionalista en Alemania.

En todo caso, la nueva actitud demócrata-cristiana ha sido adoptada en conexión con los planes del Ejército europeo: esto explica muchas cosas y mercede la pena que nos detengamos un momento a examinar esa nueva situación.

* * *

La situación internacional, que hace necesario el rearme alemán, ha cambiado totalmente el panorama de la política europea en general, y, refiriéndome al tema de este artículo, el enjuiciamiento del caso del Sarre en particular.

La posición francesa fué clara mientras Alemania era el país vencido, ocupado, que tenía que pagar su derrota y no tenía derecho a protestar. Una Francia victoriosa imponía su ley y no había alemán que pudiera discutirla.

Con la invitación al rearme alemán, todo esto ha cambiado.

Alemania, país vencido, puesto de rodillas por sus vencedores y mantenido de rodillas como castigo, se encuentra de pronto con que sus amos le dicen que ya puede levantarse; es más: le ayudan a levantarse y le ofrecen un fusil. Un país al que se le hace ver que es imprescindible

ble, en lugar de aceptar humildemente las condiciones impuestas, tiene la propensión lógica de poner él mismo las condiciones.

Así, pues, la situación francesa, que fué clara, se torna hoy insostenible. ¿Cómo va a mantener sus ambiciones políticas ante una Alemania que por la fuerza de las circunstancias va a convertirse en su colaboradora, en su aliada? Si deseaba el Sarre como una garantía contra el militarismo agresivo alemán, ahora que se impone la necesidad de armar a los alemanes como elemento imprescindible de la defensa contra el comunismo, ¿cómo podrá seguir en esa posición de desconfianza?

¿Tiene sentido un pacto de asociación de mutua defensa con alguien a quien se ha tomado en prenda su propiedad como garantía de sus buenas intenciones?

La situación en que se encuentra Francia es un callejón sin salida. Lo que ella desearía es ser bastante fuerte para imponer «su política» sin necesidad de apoyos, pero no lo es. No quiere que Alemania se rearme: esta idea le repugna terriblemente, pero está perfectamente convencida de que si, debido a su oposición, no se realiza ese rearme alemán dentro de su propugnado «Ejército europeo» (que ella podría después de todo controlar en parte), los americanos la rearmarán por su cuenta, y eso sería mucho más grave, pues le quitarían a Francia su control sobre Alemania, privándola de su papel de «primera figura», que tanto le halaga.

Y si se rearma Alemania dentro del Ejército europeo, ¿cuáles serán las garantías para el futuro que obtendrá Francia?, ¿cuál será el estatuto de Alemania?, ¿podrá seguir su política en el Sarre? ¿No tendrá que renunciar a sus privilegios de país vencedor en aras de la armonía entre los participantes de la alianza militar anticomunista?

Esta es la explicación del drama que se ha desarrollado en la Asamblea francesa. Francia se da perfecta cuenta de que hoy el problema no se plantea dentro del cuadro del viejo conflicto entre Francia y Alemania, sino en el cuadro general de la rivalidad Oriente-Occidente y del equilibrio entre los dos mundos. Francia se da perfecta cuenta de esto, pero no se resigna a borrar el pasado, ni a ir del brazo, en condiciones de igualdad, con una Alemania que sigue aborreciendo con toda su alma y a la que todavía teme.

Alemania se encuentra en una posición diplomática excepcional. Vencida en la guerra y repartida en dos zonas distintas y aun antagónicas, de la rivalidad de sus vencedores y aun del mismo hecho de su división, se encuentra en posesión de armas diplomáticas excelentes.

Solicitada su cooperación miliar por los occidentales, les hace ver que su rearme supondría la consolidación de la actual escisión alemana, el abandono de todo plan de unificación. Es un precio muy caro el que debería pagar para defender la civilización occidental. Ante tales

circunstancias, no es de extrañar que el pueblo alemán pida, como condición para su cooperación militar, una igualdad de trato y una solución al problema del Sarre.

¿Quién va a convencer a Alemania que defienda a Europa con entusiasmo si no se le da la igualdad de trato, si no se le ofrece una esperanza para la solución de la cuestión sarresa? ¿Qué es lo que defendería Alemania, su propia esclavitud y la amputación de su territorio?

De esta forma se está planteando ahora la cuestión del Sarre: problema internacional.

A muchos podrá extrañar que haya surgido a la luz del día como problema agudo, provocado por un simple cambio de denominación del título del señor Grandval. Alto Comisario o Embajador, parece sólo un detalle demasiado pequeño para provocar una crisis.

Pero el fondo es mayor. El Gobierno de Adenauer, que se da perfecta cuenta de la nueva importancia de Alemania, ha interpretado el nombramiento del señor Grandval como si Francia quisiera llegar a un hecho consumado, «la separación definitiva del Sarre de la familia alemana» sin esperar al Tratado de Paz. Eso es dar la razón a la oposición socialista de Schumacher, que ha estado afirmándolo continuamente. Adenauer, que ha querido seguir una política pro-francesa (por eso ha sido partidario del Plan Schuman y del Ejército europeo), empieza a pensar que los franceses le hacen muy difícil seguir tal política. Creyó que al llegar a una feliz conclusión la idea de «Unión Europea», Francia olvidaría sus viejos recelos y daría a Alemania el abrazo de la verdadera paz, sin «reivindicaciones». Ahora empieza a pensar que la última actitud francesa ante el problema del Sarre oculta el propósito galo de torpedear la colaboración con Alemania para evitar así el tener que revisar su política de país vencedor.

Este es, pues, el actual planteamiento del «caso del Sarre», que tantas preocupaciones va a causar a las Cancillerías occidentales y que, por lo pronto, marca un nuevo jalón en las relaciones franco-alemanas y en todo el aspecto del rearme europeo.

ROMÁN OYARZUN IÑARRA